

Jenofonte

Apología  
Banquete  
Recuerdos de Sócrates

Introducción, traducción y notas  
de José Antonio Caballero López



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 2009  
Segunda edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la introducción, traducción y notas: José Antonio Caballero López, 2009  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-669-7  
Depósito legal: M. 229-2022  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Introducción de José Antonio Caballero López
57	Bibliografía
61	Apología
81	Banquete
	Recuerdos de Sócrates
141	Libro I
195	Libro II
243	Libro III
295	Libro IV
345	Índice onomástico



# Introducción

Jenofonte es uno de los autores más conocidos y citados de la antigüedad; pero también es uno de los que con más frecuencia ha sufrido los inconvenientes y pareceres de su comparación –a veces, llena de prejuicios– con otros escritores, sea del ámbito de la filosofía o del de la historiografía. En efecto, cuando se le juzga como filósofo y pensador, queda ensombrecido por Platón, su contemporáneo y, como él, discípulo de Sócrates. Cuando se le ve como historiador, es con Tucídides, cuya obra se propuso continuar, con quien se le compara desfavorablemente. Pero, aunque no se le pueda tener por una gran figura literaria, Jenofonte es, sin embargo, un testigo sensible y privilegiado de su tiempo, del que nos ha dejado en su polifacética obra una interpretación excepcional. Si lo valoramos por sí mismo, podremos descubrir en él las cualidades que le hicieron aquel autor tan admirado ya en la antigüedad: «se dice que las mu-

sas hablaron con la voz de Jenofonte», escribió Cicerón (*El orador* XIX, 62). Y sus aportaciones no han sido menores: como historiador, no sólo fue quien más contribuyó con sus *Helénicas* a la difusión del modelo tucidídeo de exposición de los hechos y explicación de sus causas, sino que también abrió nuevas e influyentes posibilidades para el relato histórico con la *Anábasis*, sus memorias personales de general en la retirada de los Diez Mil, y con su *Agesilao*, la biografía encomiástica del rey espartano. Por su *Ciropeidia* se le considera un precursor de la novela; y con sus tratados sobre equitación, caza, política o economía se adelantó a toda esa literatura científico-técnica tan en boga en los siglos posteriores. Además, en el caso que nos ocupa en este libro, su relación con Sócrates y el recuerdo que de él nos deja en las obras que le dedicó, Jenofonte nos presenta a un Sócrates sencillo, con encanto personal y preocupado por los problemas terrenales –la economía y la política, entre ellos–, más allá del estricto intelectual que encontramos en las obras de Platón. El contraste es tan útil como refrescante, y, gracias a estas obras «socráticas», Quintiliano le consideró más un filósofo que un historiador y Diógenes Laercio le contó entre los filósofos «más ilustres».

## El autor

Jenofonte nació en Atenas en torno al 430 a. C. y vive a caballo entre el siglo V y el siglo IV a. C. Pudo asistir, pues, al desarrollo de la guerra del Peloponeso y a la ca-

pitulación de Atenas frente a Esparta; a las secuelas de esa guerra en los constantes conflictos de las ciudades más importantes de Grecia entre sí y contra la nueva dueña de la situación: Esparta; al final de la hegemonía espartana en beneficio de la tebana de Epaminondas; al comienzo de la influencia de Macedonia en el territorio heleno, y, a lo largo de todo este período, a la continua intromisión de Persia en los asuntos de Grecia: complicado ambiente histórico que originará una de las crisis más agudas del mundo griego y que acabará con la disolución definitiva de una de sus instituciones más queridas, las ciudades-estado autónomas, para dar mayor importancia a las individualidades. El protagonismo que aflora en la obra de Jenofonte de personajes como Sócrates, Agesilao, Ciro o él mismo sería un signo de los nuevos tiempos y constituye la base de lo que será la biografía y la autobiografía como géneros autónomos en la época helenística (con carácter general, siguen siendo útiles el estudio de conjunto sobre Jenofonte de J. K. Anderson, 1974, y el de R. Nickel, 1979, en la siempre recomendable colección «Erträge der Forschung»; más recientes y completos, con abundante bibliografía, son el trabajo de J. Dillery, 1995, y el libro colectivo editado por Chr. Tuplin, 1999).

Perteneció nuestro autor a una familia adinerada, con recursos que procedían tanto de la explotación agrícola como de las minas de plata del Laurión. Como su padre, Grilo, Jenofonte formó parte del censo de los «caballeros»; esto es, de aquellos ciudadanos atenienses que podían mantener una cuadra y servir en la caballería del ejército (de sus conocimientos al respecto dará cuenta

justamente en los tratados que dedica al arte ecuestre). Es probable que participara con Trasilo en las campañas militares en Jonia del año 409 a. C. y que presenciara el juicio popular que, tras la batalla de las Arginusas en el año 406 a. C., condenó a muerte al propio Trasilo y a unos cuantos generales más (los episodios los cuenta Jenofonte, con grandes dosis de emotividad y dramatismo, en *Helénicas* I 2, 1-17, y I 7, 1-18; al juicio popular se refiere también en *Recuerdos* I 1, 17-18, porque Sócrates, a la sazón presidente de la asamblea, fue uno de los pocos que se opuso a tamaña injusticia).

En cualquier caso, su posición económica le permitió obtener una formación privilegiada en una ciudad que era entonces el centro del pensamiento y la cultura. Seguramente, comenzó frecuentando los círculos sofisticos; pero hacia el 404 a. C. se cuenta entre los discípulos de Sócrates, uno de los personajes que más influyó en su vida y obra. Diógenes Laercio (los capítulos 48-59 del libro II de la *Vida de los filósofos más ilustres* son una fuente importante sobre la vida de Jenofonte) nos ha conservado el siguiente relato del primer encuentro entre ambos:

Dicen que Sócrates se encontró con Jenofonte en una callejuela; le puso el bastón por delante y lo detuvo para preguntarle dónde se podían comprar diversos tipos de alimentos, y cuando se lo dijo, le preguntó de nuevo: «¿Y dónde se forman los hombres de bien?». Como Jenofonte no contestaba, le dijo Sócrates: «Sígueme y aprende». Desde entonces fue discípulo de Sócrates (*Vida de los filósofos* II 48).

Sea verdadera o falsa esta anécdota, lo cierto es que refleja la constante preocupación ética y pedagógica que muestra Jenofonte en sus obras, algo que se atribuye precisamente al influjo de Sócrates. En sus *Recuerdos*, Jenofonte se cita participando en una conversación con el maestro sobre el deseo amoroso (I 3, 8-14) y en otros pasajes usa expresiones del tipo «yo personalmente sé», «yo recuerdo», etc., que sugieren su presencia directa en los episodios que relata, aunque es probable que Jenofonte no asistiera a dichas conversaciones. Citándose a sí mismo como testigo de los hechos, nuestro autor pretendería, más bien, añadir, a la manera de los historiadores, un plus de autenticidad al relato.

Según nos cuenta el propio Jenofonte en la *Anábasis*, fue también a Sócrates a quien pidió nuestro autor consejo sobre si debía o no participar en la campaña militar que Ciro el Joven, amigo de los espartanos, había emprendido en Persia:

(4) Había en el ejército un ateniense, Jenofonte, que les acompañaba no por ser general, ni capitán, ni soldado, sino porque Próxeno, con quien tenía antiguos lazos de hospitalidad, le había animado a dejar su patria; le había prometido, si iba, que le procuraría la amistad de Ciro, a quien decía considerar mejor para sí mismo que su propia patria. (5) Con todo, Jenofonte, tras leer la carta, se lo comunicó a Sócrates de Atenas y le preguntó acerca del viaje. Y Sócrates, sospechando que la ciudad podría reprocharle a Jenofonte el convertirse en amigo de Ciro, porque Ciro, al parecer, se había unido decididamente al bando espartano en la guerra contra los atenienses, aconsejó a Jenofonte que fuera a Delfos a

consultar a la divinidad sobre el viaje. (6) Fue Jenofonte a preguntar a Apolo a qué dios debía ofrecer sacrificios y rogar para hacer el viaje que tenía pensado del mejor modo posible y regresar sano y salvo tras tener éxito en él. Y Apolo le indicó los dioses a los que debía ofrecer sacrificios. (7) Cuando volvió, contó a Sócrates el oráculo. Éste, al oírlo, le reprochó que no hubiera preguntado primero si era mejor para él marchar o quedarse, y que, habiendo decidido por su cuenta que debía ir, se hubiera limitado a informarse sobre cómo podría hacer su viaje de la mejor manera. «Sin embargo», dijo, «puesto que así lo has preguntado, debes hacer cuanto el dios te ha ordenado» (*Anábasis* III 1, 4-7).

Aparte del carácter piadoso de discípulo y maestro, queda consignado aquí el inicio de uno de los episodios más importantes de la biografía de nuestro autor. En el 403 a. C., el régimen oligárquico de los Treinta Tiranos, impuesto por Esparta a Atenas tras la guerra del Peloponeso, fue derrocado, y la democracia, restablecida. Jenofonte, sea por motivos políticos (su filolaconismo o la pertenencia al grupo de los «caballeros», que había estado del lado de los Treinta), sea por razones económicas (Atenas quedó exhausta tras la guerra y muchos atenienses se enrolaron como soldados mercenarios para ganarse el sustento), decidió marcharse de Atenas y halló la oportunidad en la invitación que le hizo su amigo Próxeno para que se uniera al ejército de mercenarios griegos reclutados por Ciro en su campaña para hacerse con el trono de Persia. La campaña y, sobre todo, una vez muerto Ciro en el 401 a. C., el accidentado camino de retirada de los diez mil mercenarios grie-

gos, que iban a su mando, es lo que relata en su *Anábasis*, la obra que más datos aporta sobre su vida. La travesía por los inhóspitos territorios del Asia Central duró hasta el 399 a. C. (que es el año en que Sócrates fue condenado en Atenas a beber la cicuta). Una vez en Trapezunte, algunos de los mercenarios griegos regresaron a sus ciudades; pero no así Jenofonte, que con el grueso de los expedicionarios prosiguió su marcha por la costa del mar Negro hasta Bizancio. Allí se puso al servicio del rey tracio Seuces y, más tarde, agregó sus tropas al ejército de los espartanos Tibrón y Dercílidás, destacados en Asia para luchar contra el sátrapa Tisafernes. Finalmente, Jenofonte se unió al rey espartano Agesilao, también enviado a Asia a combatir al persa. Con él mantuvo una relación duradera de amistad y él le profesó una gran admiración, de la que dará cuenta en el *Agesilao*, un sentido elogio que escribiría, tras la muerte del rey, inspirado en el *Evágoras* de Isócrates, que anticipa el género biográfico, de tanta transcendencia posterior. En el año 396-395 a. C. Jenofonte regresó con Agesilao a Grecia y, junto a él, combatió en el 394 a. C. en la batalla de Coronea contra sus conciudadanos atenienses, siempre temerosos del poder de Esparta (Jenofonte narra el episodio en *Helénicas* IV 3, 15-21, pero no menciona su participación, cosa que sí hace Plutarco en su *Agesilao* 18). Éste es el motivo que se aduce para el largo exilio que sufrió Jenofonte a partir de ese momento, aunque algunos autores lo atribuyen bien a su actuación durante el régimen de los Treinta en Atenas, bien a su relación con Ciro en Persia, que era amigo de Esparta y hostil a Artajerjes II, aliado de los atenienses.

Sea como fuere, en el año 386 a. C. Jenofonte comienza un retiro feliz junto a su familia (su esposa Filasia y sus hijos Grilo y Diodoro) en Escilunte, cerca de Olimpia, en una finca que le habían donado los espartanos como recompensa por sus servicios. En otro pasaje de la *Anábasis* nuestro autor parece evocar con agrado el lugar y la vida placentera de la que disfrutó en ese tiempo:

(7) Cuando Jenofonte se encontraba ya en el exilio viviendo en Escilunte, cerca de Olimpia, gracias a la hospitalidad de los lacedemonios, llegó Megabizo a Olimpia para contemplar los Juegos y le devolvió el depósito. Jenofonte lo cogió y adquirió un terreno para la diosa donde le indicó Apolo. (8) Corría por la región el río Selinunte. En Éfeso, junto al templo de Ártemis, también pasa un río llamado Selinunte. En ambos hay peces y conchas. En los campos de Escilunte se encuentra toda la variedad de animales salvajes que quieran cazarse. (9) Construyó también un altar y un templo con el dinero sagrado; con el diezmo de los frutos del campo ofrecía a la diosa un sacrificio y todos los ciudadanos y vecinos, hombres y mujeres, participaban en la fiesta (*Anábasis* V 3, 7-9).

Fue en esos años, retirado de la vida militar y en un ambiente de tranquilidad adecuado, cuando, seguramente, empezó a escribir sus obras. Pero, en el año 371 a. C., la derrota de Esparta en la batalla de Leuctra frente a Tebas y la consiguiente recuperación de aquellos territorios por los eleos le obligaron, de nuevo, a trasladar su residencia. En esta ocasión marchó a Corinto, donde Diógenes Laercio (*Vida de los filósofos* II 53) dice que residió hasta su

muerte, que se debió de producir hacia el 355 a. C., después, en todo caso, del año 358 a. C., el de la muerte de Alejandro de Feras, que Jenofonte cita todavía en las *Helénicas* (VI 4, 36). No consta, en efecto, que regresara a Atenas; pero es probable que lo hiciera tras revocar los atenienses el decreto de su exilio a raíz de la alianza firmada entre Atenas y Esparta para hacer frente, esta vez, a los tebanos (368 a. C.) y empeorarse la situación de Corinto en el 366 a. C. De hecho, sus dos hijos formaron parte de la caballería ateniense y Grilo murió combatiendo con ella en Mantinea (362 a. C.). Precisamente, esta batalla de Mantinea, en la que vencen los tebanos, es el último de los sucesos referidos por Jenofonte en sus *Helénicas*, y el desencanto de nuestro autor por la situación de Grecia en ese momento histórico queda certificado por las palabras que cierran su relato:

(26) Transcurridos esos hechos, sucedió lo contrario de lo que todo el mundo creía que iba a suceder. Pues, cuando casi toda Grecia se había congregado y enfrentado, no había nadie que no opinara que, si se producía la batalla, los vencedores dominarían y los vencidos serían súbditos. Pero la divinidad obró de tal manera que ambos, como si hubieran vencido, erigieron un trofeo y ninguno de los dos obstaculizó a los que los erigían; ambos, como si hubieran vencido, devolvieron los cadáveres bajo tregua y ambos, como si hubieran sido derrotados, los recogieron bajo tregua; (27) y aunque cada uno afirmaba que había vencido, ni uno ni otro apareció con nada más de lo que tenía antes de producirse la batalla, ni en territorio, ni en ciudad, ni en poder. Así que en Grecia todavía hubo mayor indecisión y confusión después

de la batalla que antes. En lo que a mí respecta, hasta aquí voy a escribir. Y quizá a otro interesen los acontecimientos que siguieron (*Helénicas* VII 5, 26-27).

## Las obras

En el curso de esa vida tan azarosa Jenofonte tuvo tiempo para escribir las trece o catorce obras que se le atribuyen y que tratan de los asuntos más variados: historia contemporánea, memoria autobiográfica, biografías, colecciones de dichos y hechos memorables, tratados constitucionales, tratados económicos, etc. Es difícil precisar la fecha de composición y de publicación de cada una de sus obras, porque carecemos de datos y testimonios externos y las conclusiones derivadas de su cotejo interno no resultan del todo seguras debido a que nuestro autor tenía la costumbre de reutilizar materiales de sus obras más antiguas en las más recientes, repitiendo, a veces, pasajes y frases enteras, e incluso solía practicarles continuas revisiones y adiciones (véase, por ejemplo, el caso de su *Agésilao* y los libros III y IV de *Helénicas*; o *Apología* y los capítulos I 1, 1-2, 11, y IV 8, 4-10, de *Recuerdos*).

Una clasificación temática sí es posible. H. R. Breitenbach (1967), en su indispensable artículo sobre nuestro autor en la *Real Encyclopädie*, considera de carácter filosófico o «socrático» –por ser Sócrates y su pensamiento los protagonistas principales– las siguientes: *Apología*, recreación de la autodefensa que hizo el filósofo ateniense en el juicio que le condenó a muerte. *Banquete* (*Sym-*

*póision*), que recoge conversaciones sobre asuntos variados, el amor incluido, entre Sócrates y otros personajes invitados a un banquete y que reproduce con bastante fidelidad situaciones usuales en ese tipo de reuniones. *Recuerdos de Sócrates* (*Apomnemoneúmata Sokrátous*), las primeras «memorias» de la historia, en las que, a diferencia de Platón, Jenofonte nos presenta a un Sócrates más cercano. Y *Económico*, un diálogo en el que discuten Sócrates y Critobulo sobre la gestión de la hacienda familiar y en el que se ensalza la vida en el campo y se dibuja el hombre ideal: el que es capaz de combinar las virtudes del guerrero y del agricultor.

Didácticas, en su sentido más estricto –porque el propósito pedagógico subyace en toda su producción–, son: *Ciropedia* o *Educación de Ciro*, quizá la obra más atractiva de toda su producción, mitad ficción mitad realidad, dedicada a relatar la infancia, juventud, madurez y gobierno de Ciro el Grande, a quien se presenta como el gobernante ejemplar. *Hierón*, un diálogo ficticio sobre la mejor forma de gobierno entre Hierón, tirano de Siracusa, y el poeta Simónides de Ceos. *Constitución de los lacedemonios* (*Lakedaimoníon Politeía*), una especie de tratado en que se idealiza el régimen espartano. *Ingresos* (*Póroi*), una singular obra en que da consejos a Atenas para administrar mejor la hacienda pública e incrementar sus recursos. *Hipárquico* y *Sobre la equitación* (*Perì hippikés*), dos obras técnicas que abordan uno de los asuntos que más apasionaba a nuestro autor. Y, si es verdaderamente suya, *Cinegético*, donde se destaca el valor pedagógico del arte de la caza.

Y, por fin, el grupo de obras históricas, que son: *Helénicas*, relato de la serie de sucesos históricos que afectaron a

Grecia y también a Persia (siempre en relación con Grecia) desde el año 411 (año en que termina el relato de la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides) hasta el año 362 a. C. (batalla de Mantinea y pérdida de la hegemonía tebana). *Anábasis*, que narra la penosa travesía de los «Diez Mil» griegos por las inhóspitas tierras de Asia, en retirada tras la muerte de Ciro en la batalla de Cunaxa (401 a. C.), hasta Trapezunte (399 a. C.), con la destacada actuación del propio Jenofonte. Y *Agesilao*, tributo de nuestro autor a su larga relación de amistad con este rey espartano que murió en el año 360 a. C., personaje al que se circunscribe el material histórico, relatado con reconocido sesgo encomiástico (sobre el Jenofonte historiador, puede verse Caballero, 2006: 119-154).

Por su dilatada experiencia vital y ese amplio elenco de temas sobre los que reflexionó a su manera (puede decirse que nuestro autor es el primer polígrafo de la antigüedad), podemos considerar a Jenofonte como uno de los autores más importantes e influyentes de la antigüedad clásica (un estado de la cuestión sobre los problemas que plantean estas obras puede verse en Vela, 1998).

El presente libro se dedica a las «socráticas» *Apología*, *Banquete* y *Recuerdos de Sócrates*, así que a estas obras dedicaremos las páginas que siguen.

## *Apología*

Jenofonte debió de componer su *Apología*, término que en griego se refiere propiamente a los discursos de defensa ante los tribunales, tiempo después de la muerte de

Sócrates, hecho que él personalmente no pudo presenciar por hallarse de campaña militar en Asia. La información la obtiene, según propia confesión (*Apología* 2), de Hermógenes, amigo y discípulo de Sócrates que habría sido testigo directo de los acontecimientos, algo que, por lo demás, en la mentalidad del historiador, otorga de inmediato veracidad al relato. La única clave interna de carácter cronológico que nos suministra el texto es la mención de la muerte y mala reputación de Ánito –uno de los acusadores de Sócrates– y de la licenciosa vida de su hijo (*Apología* 29-31); pero desconocemos por completo la fecha del luctuoso acontecimiento. La obra se inscribe, en todo caso, en el marco de esa literatura apologética que habría surgido de la conmoción provocada por la condena y ejecución de Sócrates y que, en este caso, habría recibido la influencia retórica de aquellos discursos reales de autodefensa en los que Lisias fue un maestro reconocido (Nickel, 1979: 105-106). El propio Jenofonte, al comienzo de esta *Apología*, alude a otros relatos que coinciden en caracterizar de altiva la actitud de Sócrates en ese proceso que le condenó a muerte en el año 399 a. C. Pero no sabemos si en su mente está la *Apología* que se atribuye por parte de Diógenes Laercio (*Vida de los filósofos* II 40) al propio Lisias, hoy perdida, que se dice que podría haber sido el discurso que el logógrafo habría compuesto para que Sócrates lo pronunciara en el momento del juicio y que él habría rechazado. O a los escritos de otros discípulos socráticos, como Antístenes, varias veces citado por Jenofonte, de quien se presume que nuestro autor recibió una gran influencia en su concepción del hombre cabal; o como Esquines de Ése-

to, que compuso diálogos, ambientados algunos de ellos en la época del proceso; o como Critón o Fedón, a quienes también les atribuye Diógenes Laercio diálogos de carácter apologético; o como Platón, que escribió varios diálogos que sitúan el tiempo dramático en esas fechas (no sólo su *Apología de Sócrates*, sino también *Eutifrón*, *Critón* y *Fedón*).

Nuestra *Apología* se estructura en tres partes que muestran sucesivamente actuaciones y palabras de Sócrates antes de comparecer a juicio (1-9), sus discursos de defensa ante el tribunal (10-26: pronunciado el uno para refutar los cargos y el otro después de la condena) y su actitud durante los días previos a la ejecución (27-34).

En la primera parte, que puede considerarse como una introducción a la defensa propiamente dicha, Jenofonte se propone explicar y justificar la «altanería de lenguaje» (*megalegoría*) mostrada por Sócrates en el juicio, cosa que nadie había hecho antes de manera satisfactoria. No pretende, así pues, hacer un reportaje de todo lo acontecido durante el proceso, sino justificar una actitud que para los griegos es negativa porque implica *hybris*, soberbia, y puede acarrear, por lo tanto, el castigo de los dioses (véase *Odisea* XXII, v. 288; Platón, *Fedón* 95b, o Jenofonte, *Anábasis* VI 3, 18). Mezclando, así pues, el estilo directo y el indirecto, Jenofonte reproduce conversaciones entre Hermógenes y Sócrates para mostrar, en efecto, que si Sócrates utilizó ese tono tan autosuficiente y rehusó defenderse de una manera más sumisa y adulatora ante el tribunal con vistas a su absolución, fue por pura coherencia: su vida constituía su misma defensa y su *daimónion* o «genio divino» no le dejaba preparar un

discurso al uso, lo que consideraba una señal para que aceptara morir en ese momento y evitar así sufrir los inconvenientes de la vejez.

Así que, en la segunda parte, las palabras pronunciadas por Sócrates para defenderse de la doble acusación de no reconocer a los dioses de la ciudad y de corromper a la juventud no hacen sino repasar su propia vida y mostrar su actitud piadosa hacia los dioses y el beneficio que su conducta ejemplar reportaba a todos aquellos que trataban con él. Es en esta parte donde Sócrates habla de la voz divina que le aconseja y advierte, su *daimónion*, y, en ese tono altivo que algunos le criticaron y que tanto provocaba a los miembros del jurado, aduce la respuesta que Querefonte (el mismo personaje de la *Apología* platónica) recibió de Delfos para demostrar la estima que le profesaban los dioses, en general, y Apolo, en particular: «En efecto, Querefonte un día fue al oráculo de Delfos a preguntarle acerca de mí y, en presencia de muchos testigos, Apolo le respondió que ningún hombre era ni más liberal, ni más justo, ni más sensato que yo» (*Apología* 14). La altivez de su lenguaje y su actitud arrogante habrían contribuido a su condena; pero era lo más oportuno en aquellas circunstancias y lo más coherente con su pensamiento.

La tercera parte insiste, en fin, en la fortaleza de espíritu y en la nobleza de Sócrates y acoge, antes de la conclusión y el elogio final de Jenofonte, sendas anécdotas en las que la actitud del maestro, una vez conocida su condena a muerte y mientras esperaba que se ejecutara la sentencia, contrasta con la de sus discípulos y, en concreto, con la del joven Apolodoro, que se queja de

la muerte injusta que va a sufrir, y con la de Ánito, uno de sus acusadores, ante cuya visión exclama Sócrates: «¡Qué penoso resulta el tipo, que no parece saber que aquel de nosotros dos que haya dejado hechas las obras más útiles y más bellas para siempre, ése será el vencedor!» (*Apología* 29).

Aunque no tenga demasiada relevancia para la comprensión y valoración de nuestra *Apología*, los estudiosos de la obra de Jenofonte han dedicado bastante tiempo, en primer lugar, a establecer la fecha de composición de *Apología* con relación a los capítulos 1-2 del libro I y al capítulo 8 del libro IV de *Recuerdos*. Este capítulo 8 reproduce con leves modificaciones la conversación entre Hermógenes y Sócrates que se recoge en los primeros párrafos de *Apología*, en los que Jenofonte afirma que nunca antes se había explicado con claridad por qué Sócrates prefería en ese momento la muerte a la vida (*Apología* 1). Así que, si el capítulo de *Recuerdos* se hubiera escrito antes que la *Apología*, no parece probable que Jenofonte hubiera hecho esa afirmación. Los pasajes del libro I constituyen, en efecto, otra defensa contra las acusaciones de que fue víctima Sócrates; pero, en esta ocasión, no se pone en boca del maestro, sino que es el propio Jenofonte quien la hace en su propio nombre y con otros planteamientos: si en *Apología* la acusación era de carácter religioso y ético, en *Recuerdos* Jenofonte exculpa, además, al maestro de ser responsable de las diversas actividades políticas de dos de sus discípulos: Critias y Alcibíades. No parece, pues, que la acusación aquí implicada sea la que le condenó «oficialmente» a muerte. Se piensa, más bien, que nuestro autor contesta a un

tal Polícrates, un sofista a quien se atribuye un panfleto titulado *Acusación de Sócrates*, compuesto no antes del año 393 a. C. (se menciona la restauración de los muros de Atenas que se produjo en el año 394 a. C.), que citan, entre otros, Isócrates (*Busiris* 4-6) y Diógenes Laercio (II 39) y que estaría en el origen de toda esta literatura de apoyo a Sócrates. Si Jenofonte hubiera conocido ese panfleto antes de escribir su *Apología*, parece probable, se arguye (Ollier, 2002: 91), que no habría perdido la ocasión de responder en ella a las graves imputaciones del sofista. La *Apología* se habría escrito, así pues, antes que *Recuerdos* y entre los años que van desde la ejecución de Sócrates hasta la publicación del panfleto de Polícrates.

En segundo lugar, se ha intentado también datar la *Apología* de nuestro autor con relación a la de Platón y a compararlas ambas para establecer la primacía de una sobre otra. Hay hipótesis para todos los gustos. Como es natural, al tratar el mismo tema de fondo, hay entre ellas diversas concomitancias: la actitud autosuficiente y el rechazo por parte de Sócrates a adular a los jueces para atraer su benevolencia, el debate directo con Meleto –el acusador principal–, la reacción airada de los jueces ante algunas de las palabras de Sócrates, la mención de su «genio divino» (*daimónion*) particular, la consulta en Delfos por Querefonte y la respuesta del oráculo sobre la sabiduría de Sócrates, las proféticas palabras del maestro en los últimos días y la alusión a Palamedes, prototipo mítico de víctima de una muerte injusta. Pero nada permite establecer con seguridad cuál es anterior, ni mucho menos si la una depende de la otra, porque, al fin y al cabo,